

Las Ruinas

Fossoyeur, il est beau de contempler
les ruines des cités ; mais, il est plus
beau de contempler les ruines des
humains!

Lautréamont

La sua persona medesima, la sua
voce medesima erano fittizie. La
successione dei suoi pensieri e delle
sue parole si produceva in un modo
facile e vago. Come nella notte
lunare al cospetto della vigna
oltremirabile, ora la sostanza della
sua vita e della vita di tutte le cose
dissolvevasi in vapore di sogno.

D'Annunzio

1.

En Las Violetas, cuando a la vista de todos, su nombre había comenzado a desvanecerse de las páginas de gran formato, Nino Brutó se sentó un principio de agosto a desenterrar y catalogar fragmentos de días desperdigados sobre las 6 décadas agrestes que su memoria forjaba con la santimonia conspicua del

embuste. Sus días se poblaron de días pasados y se hicieron de la dicha y de la desdicha de repetir dichas y desdichas pasadas.

Los recuerdos dispersos, algunos semienterrados otros completamente cubiertos por la sedimentación de todas esas partículas secas de tiempo que le daban a su vida la impresión de continuidad y persistencia, emergían del suelo en el que hurgaba la memoria y se acumulaban en las páginas de Rivadavia azules que Brutó, por primera vez desde sus días de escuela, volvía a llenar con letra desprolija pero ahora sin prisa y con la sensación por momentos sumisa de quien casi al final de sus fuerzas busca con involuntaria circunspección abrirse camino en la profundidad de una fronda densa de la naturaleza que ociosa hace y ociosa deshace.

Inesperadas, reencontraba frases que había formulado bosquejando humores, incertidumbres y vibraciones del aire de una tarde enamorada o de un amanecer de duelo. Temores que había alguna vez respirado no sin esfuerzo volvían a mostrar su filo pero ahora con la mansedumbre que impone la distancia. Escuchaba el eco de una intuición poética sobre el genio y la perseverancia de una frase injustamente ignorada por la

erudición sobre la soledad de la vejez que una vez leídas había supuesto serían cedidas al olvido pero que ahora reencontraba si bien aumentadas o disminuidas por los años.

Volvían también cosas misteriosas y lejanas que comparecían todavía grávidas de las horas o de los paisajes en las que habían aflorado. El sabor exótico de nísperos de un árbol crecido al borde de alguna vaga amistad de infancia, el timbre opaco y el gesto adusto de una vejez en la familia materna, la soledad de una taza amarilla con el mate cocido ya frío donde descansaban por siempre unas manos obesas, una frase una vez hilarante repitiéndose hasta la vergüenza ajena, la palabra *discar*, una oportunidad única perdiéndose por años en el reproche incesante como la espuma de Necochea, la enemistad entre dos reyes de la Europa de los abuelos.

De cualquier retazo de memoria, Nino veía en la oscuridad que el recuerdo impone incluso a la luz de cielo diáfano, como florecían otras cientos de caras, habitaciones, plazas, piezas de un ajedrez de plástico, manos escondiendo la vejez entre el oro y las piedras de anillos de antigüedad inmemorial, el reloj del padre marcando el tiempo después de la muerte, un pequeño oso de cristal en la vitrina en la que

su abuela atesoraba añoranzas indescifrables. Todas estas cosas y muchas otras que reaparecían sin aviso y sin particular orden y que se entregaban para ser degustadas en tragos de ensoñaciones risueñas o de melancolías tibias parecían al final de los años 90 en Las Violetas haber sido vividas solo para ser un día encontradas en fragmentos carcomidos por el descuido entre la maleza del presente decrepito.

Lo que ocupaba a Brutó en esos últimos esfuerzos era la tarea, las veces ardua, de reconstruir y reagrupar en un catastro verosímil estos aforismos y epígrafes incongruentes que son los que, una vez desterrada la impresión fraudulenta de la continuidad de las horas, se ofrecen a la examinación del tiempo. Nino Brutó que por muchos años había supuesto que el patrimonio de su memoria era basto, repentinamente se veía a si mismo como una secuela secundaria de tiempos perdidos que tenían total potestad sobre sus más mínimos ademanes. Por sobre la adagia inagotable, Nino extendía su mirada y reunía todos esos fragmentos formando el arco de una vida, la suya.

2.

Uno de esos domingos en el que un sol insípido intentaba sin éxito hacer gestos de primavera, una sensación repentina de antigua angustia dominical le hizo levantar la mirada de los renglones del Rivadavia. Perdiendo completamente de vista los destellos primero de una Roma ensangrentada a principio de los noventa que había estado intentando describir hacía a penas un instante, corrió con la mirada por el salón buscando la fecha entre las manos y las tazas que velaban sobre las mesas la agonía ya discernible del fin de semana. La angustia que le entumecía las piernas, trajo la escarcha del alba de Luján y el ceño fusco de la señorita Pastorino, su maestra de tercer grado.

Un poco más acá, al amparo de la hornacina vitrada en donde ya hacía mucho era primavera, Nino vio a una mujer sentada de espaldas a él. En su tarde diáfana otras seis mujeres bailaban y jugaban y juntaban hortensias al rededor de una fuente sobre la que hacía casi un siglo se había detenido un pavo real a tomar agua. Todas ellas ostentaban figuras remotas de la belleza, peinados de exuberancia decimonónica, faldas espesas arremolinándose en los ecos de risas

tintineantes, vestigios de vidas concluidas hacía ya mucho tiempo.

La alegría inerte brillaba furtiva en la bruma de la semiexistencia a la que la indolencia de la clientela dominical la relegaba. En sus profundidades las siete mujeres parecían derrotar al tiempo del cual Brutó había estado llenando su Rivadavia azul y las muchas edades que habían atravesado les eran extrañamente inocuas y brillaban proyectando torrentes tornasolados de esquirilas de luz que con sigilo rebotaban sobre paredes, mesas y azulejos vindicando al triste sol de agosto.

A cada lado de la hornacina había una mujer sentada de espaldas. La de primavera tenía la nuca desnuda de una opacidad alba que hacía alusión a la brisa. La mujer de invierno llevaba una chalina de un ocre pardo florecida en pliegues espesos y tibios que hablaban del frío que la había traído hasta el café y que ahora la esperaba en la calle para acompañarla hasta la casa al terminar la tarde. A Nino le pareció que todas estas mujeres habitaban una geografía de intimidad casi doméstica y abrazadas por las guirnaldas y las flores borraban la frontera rígida que separaba las dos estaciones.

La mujer de la chalina inclinó levemente la cabeza y algo se movió en las espesuras de la

lana. Nino ahora muy lejos de Roma, vio emerger lánguida por entre los pétalos pardos de la lana, una trenza sombría y morosa que, ostentando la lealtad que Ana le siguió prodigando sin tregua a los preceptos de prolijidad que una vez impartió la difunta madre, nacía entre las hebras cuidadosamente peinadas de la cabellera blanca y cómo una serpiente fabulosa dormitaba las horas del hastío de la vejez cobijándose en el calor que todavía podía ofrecer el cuerpo antiguo de su dueña. En la inhalación que le cortó el aliento, Nino pudo respirar todo el aire denso y sombrío de las mañanas de su Lujan natal a mitad de los 50.

Lenta la trenza se reacomodó y destapándose el lomo, continuó con su sueño ofreciéndose escolta débil y vana pero celosa y obstinada de todos los ocasos de su dueña. Esta criatura tremenda y fabulosa, quizás tutora de la soledad empedernida que a la mujer le fue legada en la juventud, también había envejecido pero tanto en rasgos como en gestos a Nino Brutó de setenta y tres años, le fue perfectamente reconocible.

Viendo el declive y la presencia magra, conjeturó una tristeza hecha del mismo frio invernal que esperaba afuera e imaginó que

era sobre esa escarcha que la mujer dormía cada noche velada por la atención desamorada de su trenza que le hacía compañía pero cuidando de no ofrecerle a su soledad alivio.

Supuso que incluso ahora refugiándose por un rato en la felicidad inerte del pasado inerte preservado bajo el ala funeraria de la hornacina, la certeza de la soledad que la esperaba estaba dibujada en la cara oculta de la mujer y al igual que las otras seis, ella también se sabía ya perdida.

Nino buscó en su memoria algún dato o rumor sobre la vida que Ana pudo haber vivido en los años probables que separaban el principio casi indescifrable del último verano de colegio allá en el Luján de la infancia de este domingo de agosto oscuro pero no encontró nada. Notó que lo que el registro de su memoria le ofrecía eran más que nada ecos de los esfuerzos por recordar que en todos esos años se habían inclinado de tanto en tanto a posibles versiones de Ana, primero en la escuela secundaria, después asolada en los rumores de un matrimonio acordado e infeliz que finalmente habría naufragado en la costa pedregosa del hogar materno sin dejar siquiera el recuerdo de un nombre. Recordó o creyó recordar haber sabido de la muerte de la

madre en los setenta u ochenta pero no tenía idea de boca de quien ni de por que. Después no había nada.

No sin sorpresa, Nino que por años siguió presintiendo que las letras y paisajes sobre los que había fundado naciones con sus ciudades y sus gentes estaban sujetos al destino de una musa oscura o una deidad brutal, notó que Ana Lozano no existía tampoco en sus recuerdos y que era solo su sombra la que todavía seguía tenuemente proyectada sobre las paredes atardecidas de su memoria.

Mientras afuera también oscurecía, las luces de Las Violetas se encendieron casi totalmente desapercibidas salvo para Nino que pudo confirmar los efectos del tiempo con un sorbo de café frío.

En tanto, la mujer parecía completamente inerte entre las otras mujeres inmóviles del vitral. Nino estudió con detenimiento y aplicación los mil trazos del pelo gris, hurgó entre los pliegues ocres, buscó en la posición de la cabeza casi recostada sobre el hombro izquierdo y en la cavidad oscura de la mano tallada en la antigüedad y ahora derrumbada sobre la mesa. Buscó indicios que le permitieran descifrar la forma en que una vida o muchas vidas desembocaban en la hornacina

al final de ese domingo de agosto. Busco signos, enigmas o cifras en estas ruinas que le permitieran deducir la larga decadencia del imperio de la belleza en ese territorio desbordado por los trabajos inútiles y los días nublados.

Debajo de la silla en ángulo extraño, yacían las dos piernas flacas y algo ennegrecidas terminando en los zapatos de la vejez que eran una burla desfigurada y grotesca de los zapatos oscuros y torpes del uniforme escolar de la niñez. Algo dilapidados, algo enfermos, algo deformes, los zapatos ya habían empezado a ser reliquias de los años y de los siglos venideros. Nino podía imaginarlos vacíos y abandonados en una intemperie solitaria y triste, para siempre sin dueña. La soledad que les imaginaba era tan postrera como la tristeza de los zapatos vacíos de una niñez remota a la que un padre se aferra cuando la edad o la discordia desfiguró las curvas tibias de las manos o las mejillas de una hija ya vieja. De estas cosas, nada salvo una tristeza impersonal y filosófica pudo deducir Nino de los años intermedios: el encanto y las miradas ajenas que pudo suscitar, el orgullo de la soledad empedernida seguidas por las horas muertas del hastío donde no respira ni la calma, el miedo a la

vejez del que ni el orgullo pudo defenderla y después la vejez gastando todas las cosas salvo la memoria de una madre aún juzgando los miedos y sus inflexiones.

Todo lo que quedaban eran los restos mudos de esta arquitectura humana que alguna vez habían ofrecido la viva semblanza de Urania a Nino Brutó en busca de tierra firme. Ana Lozano era ahora un bajorrelieve adornando la hornacina que como toda tumba era trono de la majestad del tiempo.

Con lentitud la mujer pagó su té, se levantó, se abrigó y se despidió de su compañía que ni siquiera pudo o supo interrumpir su primavera perpetua para saludarla en su invierno último.

Nino logró vencer el instinto que empujaba a sus manos a cruzar los metros y los años que lo separaban de Ana para tocarle el hombro, para mirarla a los ojos, para verse desconocido y después reconocido debajo de la vejez, para hacer el esfuerzo de reconciliar el recuerdo invariable con la sustancia lábil del presente, para sentirse un vencedor cruel, para tener que, sin éxito, esconder el remordimiento de haber vuelto cuando sabía que no debía volver.

Ana le abrió la puerta a la noche ya crecida sobre Medrano, dejó entrar al frío, salió a la vereda y Nino, por última vez, la dejó ir.